



El mensaje cristiano a través de la arquitectura¹

La obra de la Iglesia tiene un valor pedagógico, y transmisor del mensaje cristiano, como manifestación del amor extendido a todos los hombres a los que se destina la arquitectura, a través de su eficacia y en su belleza, para que todos los que usan los espacios construidos encuentren en ellos la respuesta acorde con el paisaje que los soporta, con sus necesidades de espacio donde vivir y ser felices, siendo su eficacia la lógica manifestación de su belleza.

A mitad del siglo XX la Iglesia se planteó cómo a través del arte y de las técnicas que conforman y dan nacimiento a una arquitectura renovada, podía manifestar el mensaje cristiano, que no está condicionado por un único estilo ni ligado a un momento histórico concreto.

Ésta es la constante actualidad que caracteriza el lenguaje permanentemente cambiante del arte de la Iglesia, y en consecuencia del siempre renovado lenguaje arquitectónico que tiene voluntad de servicio y de trascendencia. Eficaz para todos los hombres que son sus destinatarios, en cualquier circunstancia de espacio en el que la arquitectura deba ser construida, con voluntad de servicio, que es mensaje de amor, a todos los hombres, en cualquiera de los lugares donde se han de levantar sus estructuras y fábricas.

Consciente de que un católico es un hombre que ha tomado sobre sí la responsabilidad de todos los hombres, encomendó a los arquitectos una ardua pero apasionante tarea: la creación de ámbitos religiosos adecuados al hombre del siglo XX.

En España, tanto el ambiente político como el social parecían, en principio, favorables para el desarrollo de la arquitectura religiosa. Los procesos de repoblación rural y de migración hacia las grandes metrópolis exigieron la construcción de numerosos templos, lo que permitió que prácticamente todos los arquitectos de aquella época tuvieran alguna oportunidad al respecto.

La mayoría de los intelectuales y arquitectos disponía de los suficientes conocimientos del dogma cristiano, como para afrontar un debate abierto sobre los conceptos que intervenían en la edificación de la arquitectura religiosa. Su planteamiento se desarrolló en tres niveles: el ámbito de la iconografía y el simbolismo, el de la definición del templo y el de la inserción del templo en la ciudad.

Este conjunto de circunstancias, combinado con la aparición en escena de artistas plásticos de indudable interés, facilitó un diálogo interdisciplinario alrededor de la construcción del templo como no se recordaba en mucho tiempo; un intercambio de ideas que acabó por dibujar con nitidez lo que podríamos calificar como “una nueva edad de oro” de la arquitectura sacra española. Finalmente en los años sesenta nacerían en España las primeras normas directivas para la construcción de nuevos templos.

Las Órdenes religiosas han desempeñado a lo largo de la historia un papel fundamental en la promoción del arte, y en concreto, del arte sacro. En este sentido, una lectura atenta de las obras de carácter religioso que proyectaron los principales arquitectos del siglo XX, permite confirmar el mecenazgo que ha ejercido la Orden de Predicadores.

Si en Francia, después de la Segunda Guerra Mundial, los Dominicos gozaron de una especial proyección gracias a la revista “*L'Art Sacré*” y al prestigio del Padre Couturier, los Dominicos en España tuvieron igualmente un destacado papel llevando la iniciativa de la renovación con propuestas muy sugerentes como la Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario, en Madrid de Luis Laorga; Santa María “*Sedes Sapientiae*” (capilla del Colegio Mayor “Aquinás”), en Madrid, de José María García de Paredes y Rafael de La Hoz; la capilla del Colegio Apostólico de Arcas Reales (Valladolid) y el Teologado de San Pedro Mártir, en Alcobendas (Madrid), de Miguel Fisca; la Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario de Filipinas, en Madrid, de Cecilio Gil-Robes; o la Iglesia del Teologado de Torrente (Valencia), de Felipe Soler Sanz y Álvaro Gómez-Ferrer Bayo y especialmente, toda la obra de Fray Francisco Coello de Portugal.



Eficacia y belleza para expresar amor
El arquitecto fr. Francisco Coello de Portugal

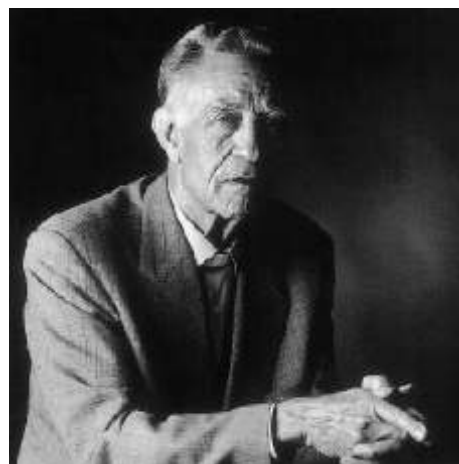
La obra de Francisco Coello de Portugal nació en el confuso momento del debate sobre el arte y la arquitectura sacros que se produjo en España durante los años cincuenta y sesenta y participó de lleno en este proceso, ya que la arquitectura, si es auténtica, siempre es hija de su tiempo.

Hoy es considerado uno de los nombres más significativos de la arquitectura religiosa contemporánea en España, porque renovó la arquitectura religiosa tan profundamente significativa en todos los tiempos y en todas las culturas.

Su obra realizada para la Orden de Predicadores tanto en tierras peninsulares como insulares, Asia, África y América comprende santuarios, monasterios, iglesias, centros sociales, colegios mayores, centros parroquiales, capillas, oratorios y un largo etc.; sus creaciones han sido siempre exigentes y cuidadosas, haciendo de la arquitectura una actividad trascendente, que desea llevar su eficacia y belleza al corazón de los hombres.

Sus trabajos han sabido mantener la racionalidad conceptual, que hace del conjunto de su obra una respuesta comprometida con cada uno de los programas que originaron los distintos edificios por él proyectados y construidos.

Todas sus obras son concretas, exigentes y coherentes con el lugar en el que se levantan. Es decir hacen honor a un racionalismo inteligente y eficaz, nacido de la meditación sobre la correspondencia que debe existir entre el fin al que cada construcción se destina y la naturaleza del espacio que lo soporta; racionalismo que se traduce no sólo en armonía, que es belleza, sino en el uso de los medios económicos y técnicos de los que se dispone.



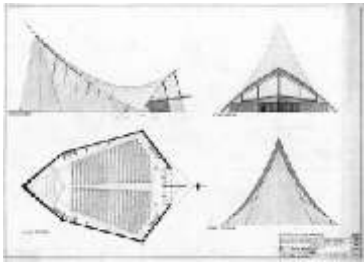
La suya, según sus palabras, no es una arquitectura adscrita a ninguna tendencia, sino a un sentimiento emocional que hace entender el porqué, el dónde y el para qué de los proyectos que se le encargan. Arquitectura más intuitiva que deductiva, entendiendo por intuitiva la arquitectura que nace del entendimiento profundo del lugar en el que se levantará la obra y de la función generadora que le da razón de ser.

Las obras de Coello de Portugal no sólo pueden analizarse a través del desarrollo de su técnica, porque la arquitectura y la vocación religiosa se fusionaron de tal modo en la persona de este Dominico, que su

actividad vital quedó orientada hacia la creación de arquitectura sacra, que expresa voluntad de apostolado a través de la arquitectura.

Sus obras son una manifestación -aquí y ahora- de la permanente actividad apostólica de la Iglesia Católica, y concretamente de la Orden de Santo Domingo, en la difusión del mensaje cristiano que se dirige a todos los hombres de todos los tiempos.

Es así como la Iglesia y quienes desde ella se sienten ligados a su permanente servicio, han venido actuando en todas las circunstancias de la historia, dirigiéndose a todos los hombres, sirviéndose de las técnicas de cada momento y de la emoción -distinta en cada uno de los distintos momentos de la historia-, para dar un testimonio siempre contemporáneo del tiempo que a cada uno de nosotros se nos ha dado, aportando la expresión de una constante y renovada actualización del mensaje apostólico, testimonio de su permanente modernidad.



“El Espíritu descenderá sobre ti y te cubrirá con su sombra y lo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1,35).

Iglesia Parroquial de Becerril de la Sierra

“Vosotros los que pasáis por el Camino, mirad si hay dolor semejante al mío”.

Santuario de la Virgen del Camino (León)

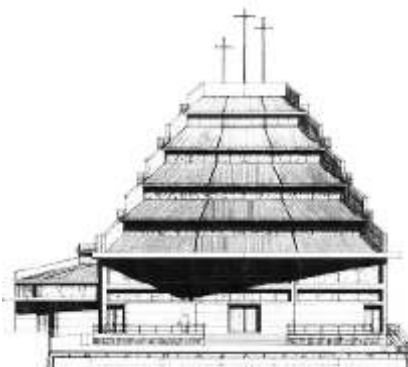
La Iglesia basílica está construida sobre una planta rectangular de más de cincuenta metros de larga, paralela a lo largo del Camino, con paredes lisas, de techo ascendente simulando ser un ataúd, símbolo de gran sepultura para enterrar a Cristo muerto que María lleva en sus brazos.

En el interior de la Iglesia no hay capillas que distraigan la visión de la imagen situada en el retablo, el muro izquierdo es opaco y sin luces y éstas se abren en el muro derecho con una coloración gradual de cristales dorados y sin dibujo que produce un ambiente adecuado para la oración. El campanario exento se leva hasta una altura de 53 metros.



Catedral San Juan Evangelista (Taiwan)

Me pidieron que no fuera una pagoda porque el cristiano converso no quería volver a oír hablar de ellas, pero que tampoco fuese una iglesia occidental.



El la iglesia de La Felguera, la luz pascual comparte protagonismo con la gran cubierta bañada por la potente luz que resbala desde diecisiete metros de altura, dramatizando la única imagen que soporta el hormigón: un Crucificado.

La curva de la cubierta acompasa y abrumba. Sugiere la nube de la presencia sagrada de Yaweh en medio del pueblo de Israel, la gloria que llenó el templo de Salomón, el estar bajo la nube, atendidos, presididos y a la vez, llevados en peregrinación hacia la luz.